

MARCO MARTOS CARRERA

**GONZALO ROJAS,  
PRÁCTICA Y TEORÍA POÉTICA**

**GONZALO ROJAS,  
POETIC THEORY AND PRACTICE**

**GONZALO ROJAS,  
PRATIQUE ET THÉORIE POÉTIQUE**

---

*Resumen*

Gonzalo Rojas es uno de los poetas más originales de Hispanoamérica. La difusión de sus textos y los premios que obtuvo lo hacen familiar para los lectores del orbe hispano. Menos conocido es el hecho de que Rojas fue profesor universitario de literatura, un organizador de congresos y una persona que reflexionó en sus propios poemas sobre las relaciones de la poesía con la teoría literaria. También fue un tenaz opositor de aquellos que, desde una vanidad intelectual, dan lecciones a los creadores y lectores que escogen caminos distintos a los suyos. La ponencia describe algunas de las más variadas posiciones de Rojas sobre el complejo lugar que ocupa la poesía en el circuito literario y la importancia que para él tienen líricas como las de César Vallejo y Ezra Pound.

*Palabras clave:* Gonzalo Rojas; intelectuales; poesía; crítica literaria; César Vallejo; Ezra Pound.

*Abstract*

Gonzalo Rojas is one of the most original poets of Latin America. The dissemination of his texts, and the awards obtained, make him familiar to readers of the

Hispanic world. Less known is the fact that Rojas was a university professor of literature, a conference organizer and a person who reflected on his own poems about the relationship between poetry and literary theory. In addition, he was a tenacious opponent to those who, out of an intellectual vanity, try to give lessons to the creators and readers who choose different paths from theirs. This paper describes some of the most varied positions of Rojas on the complex place of poetry in the literary circuit and the importance Rojas give to poets such as César Vallejo and Ezra Pound.

*Keywords:* Gonzalo Rojas; intellectuals; poetry; literary criticism; César Vallejo, Ezra Pound.

### *Résumé*

Gonzalo Rojas est un des poètes les plus originaux de l'Amérique espagnole. La diffusion de ses textes, les prix obtenus, le rendent familier pour les lecteurs du monde hispanique. On connaît moins le fait que Rojas fut professeur universitaire de littérature, un organisateur de congrès et quelqu'un qui réfléchissait sur ses propres poèmes, sur les rapports de la poésie avec la théorie littéraire, et fut un opposant tenace de ceux qui depuis leur vanité intellectuelle font la leçon aux créateurs et aux lecteurs qui choisissent un parcours différent du leur. La présente communication décrit certains des plus divers partis-pris de Rojas sur la place complexe que prend la poésie dans le circuit littéraire et l'importance qu'ont pour lui des lyriques comme celles de César Vallejo et Ezra Pound.

*Mots clés:* Gonzalo Rojas ; intellectuels ; poésie ; critique littéraire ; César Vallejo ; Ezra Pound.

Fecha de recepción: 16/03/2015

Fecha de aceptación: 23/05/2015

---

Gonzalo Rojas es uno de los poetas más originales de Hispanoamérica. La difusión de sus textos y los premios obtenidos, lo hacen familiar para los lectores en el orbe hispano. Menos conocido es el hecho de que Rojas fue un profesor universitario de literatura, un

organizador de congresos y una persona que reflexionó en sus propios escritos creativos sobre las relaciones de la poesía con la teoría literaria y la retórica. También fue un tenaz opositor de aquellos que, desde una vanidad intelectual, dan lecciones a los creadores y lectores que escogen caminos distintos a los suyos. Este artículo describe algunas de las más variadas posiciones de Rojas sobre el complejo lugar que ocupa la poesía en el circuito literario.

De entre todos los valiosos poemas que publicó en 1964, en su libro *Contra la muerte*, debemos resaltar «Los letrados». Este señala, desde la visión del poeta, una de las deficiencias de la vida intelectual contemporánea.

Lo prostituyen todo  
con su ánimo gastado en circunloquios.  
Lo explican todo. Monologan  
como máquinas llenas de aceite.  
Lo manchan todo con su baba metafísica.

Yo los quisiera ver en los mares del sur  
una noche de viento real, con la cabeza  
vaciada en frío, oliendo  
la soledad del mundo,  
sin luna,  
sin explicación posible,  
fumando en el terror del desamparo.

El texto es paradójico y muy valioso teniendo en cuenta que Rojas es maestro de oficio y ha profesado en liceos y universidades. Por lo tanto, conoce bien a los letrados y él mismo es uno. Tal vez por eso, por la punzante agudeza que proporciona la poesía, es capaz de captar en pocas líneas la soberbia de quienes desde el conocimiento que dan las letras, creen saberlo todo y monolo-

gan, ignorantes de la propia naturaleza, de la belleza de los mares del sur, del viento real, de la soledad, del desamparo. Ese saber del que hablamos es el de los antiguos clérigos, autosuficiente, omnímodo, que hace daño a la propia materia que toca. Y al final de cuentas, deducimos, no es un saber verdadero. En la entrelínea, Rojas aboga por la naturalidad, por el encuentro entre el hombre y su entorno natural. Y si desde este texto, viajamos hacia toda la escritura de Rojas, podemos ver que él también es un letrado, solo que despojado de la altanería, la presunción y la arrogancia de los autosuficientes. Rojas, hijo de minero, conoce muy bien la vida de provincias, la cercanía del mar, la vida secreta de los desiertos. Sabe desplazar su verso modesto y soberbio desde los etruscos y los griegos, hasta los místicos Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, desde Horacio sereno y Ovidio enamorado, hasta Octavio Paz lleno de sapiencia, y Ezra Pound, buen copista, auténtico creador.

¿Qué es lo que reprocha Rojas a los sabihondos contemporáneos? No solo la vanidad, ciertamente, sino el dañar el objeto que se toca, el volverlo solamente una materia de abstruso estudio, algo diseccionado y muerto finalmente. Lo dice de manera impecable en su poema «La lepra» de 1941:

Todavía recuerdo mi clase de Retórica.  
Ceremonia del Juicio Final. Un gran silencio  
hasta que el Profesor irrumpía: «Sentaos».  
«Os traigo carne fresca». Y vaciaba un paquete  
de algo blando y viscoso  
envuelto en diarios viejos como un pescado crudo,  
sobre la mesa en que él oficiaba su misa.  
«Capítulo primero». «El estilo del hombre  
corresponde a un defecto de su lengua». Y mostraba  
una lengua comida por moscas de ataúd  
para ilustrar su tesis con la luz del ejemplo.

«Mirad: la lengua inglesa no es la lengua española».  
«Aquí tengo la lengua de Cervantes. Su forma  
de espada no coincide  
con el hueco del paladar». El Profesor hablaba  
de condiciones, rasgos, influencias,  
metáforas, estrofas. Y cada afirmación  
era probada por la Crítica.

Ahora bien, los puntos de vista de la Crítica  
—pobres cuencas vacías—  
eran toda esa carne palpitante  
saqueada a los distintos cementerios:  
lenguas, dientes, narices, pulmones, vientres, manos  
que un día fueron órganos de los grandes autores  
hoy tumores malignos servidos en bandejas  
por profesores-asnos a sus discípulos-asnos  
adentro de una sala-alcantarilla.

Donceles y doncellas extasiados  
copiaban en «papeles» todas las proporciones  
de la obra maestra: las leyes de la lírica,  
la épica y dramática, causas y consecuencias,  
la decadencia, el desarrollo de las literaturas.

Ante tal entusiasmo  
el olor de los restos de los grandes autores  
se mezclaba al olor de esos bellos difuntos  
sentados en la silla de su propio excremento,  
y una sola corriente de inmundicia era el aire,  
mientras la admiración llegaba al desenfreno  
cuando ese Profesor: «Si aprendéis —nos decía—  
los requisitos de la creación  
seréis fieros rivales de Goethe, y superiores».  
Y cerraba su clase.

Guardaba todos los despojos nauseabundos  
en su paquete, y con la frente en alto,  
coronado en laurel por su buen éxito  
nos volvía la espalda como un Dios del Olimpo  
que regresa a su concha.

Todavía recuerdo mi clase de Retórica  
en que la vida y la belleza  
eran un plato de carne podrida.

Yo tuve que cortarme la lengua en la raíz  
para librarme de la lepra.

Sin duda este texto, en último término, no es un alegato contra la Retórica antigua o reciente, disciplina que siempre es útil para profesores, alumnos, es decir letrados, y los propios poetas, pero sí es una invocación para actuar de manera diferente frente a la obra literaria, para no diseccionar los textos y ponerlos al servicio de la Retórica, sino exactamente al revés: poner la teoría literaria, epistemología, retórica o como quiera llamársele, al servicio de la iluminación del texto literario, sin hacerle perder frescura, capacidad de comunicación. El texto de Rojas tiene la violencia de la juventud, pero también la sabiduría del mandarín que pasa muchas horas entre folios y pergaminos y que sin embargo disfruta de la vida natural. Este es un poema que podemos calificar como de los primeros tiempos, puesto que el creador juzga de manera despiadada y caricaturiza la labor del retórico, del crítico literario. Y es que desde esta época y hasta su senectud, Rojas fue profesor y crítico literario, aunque no de obra copiosa, sino parva, muy parva. A partir de su magnífico libro de 1964, *Contra la muerte*, Rojas adquirió más seguridad; dejó de ocuparse de los críticos literarios y los abandonó en la aparente paz de sus labores

de desentrañamiento de los sentidos de un texto. Sin embargo, dentro de sí, como escritor, como poeta, como lector, le bullían preguntas y posibles respuestas a múltiples asuntos literarios. Uno de ellos, sin duda, es el canon literario; otro es el panteón literario personal, la familia de antecesores y próximos que cada poeta se inventa para sí y nos revela algo de su propia escritura. Rojas, sin duda, es un escritor vitalista; en su poesía cuenta más la experiencia vivida que los libros leídos. Así lo podemos testimoniar si leemos su poema «Carbón» que rememora su infancia y la relación entrañable con su padre:

Veo un río veloz brillar como un cuchillo, partir  
mi Lebú en dos mitades de fragancia, lo escucho,  
lo huelo, lo acaricio, lo recorro en un beso de niño como entonces,  
cuando el viento y la lluvia me mecían, lo siento  
como una arteria más entre mis sienes y mi almohada.

Es él. Está lloviendo.

Es él. Mi padre viene mojado. Es un olor  
a caballo mojado. Es Juan Antonio  
Rojas sobre un caballo atravesando un río.  
No hay novedad. La noche torrencial se derrumba  
como mina inundada, y un rayo la estremece.

Madre, ya va a llegar: abramos el portón,  
dame esa luz, yo quiero recibirlo  
antes que mis hermanos. Déjame que le lleve un buen vaso de vino  
para que se reponga, y me estreche en un beso,  
y me clave las púas de su barba.

Ahí viene el hombre, ahí viene  
embarrado, enrabiado contra la desventura, furioso  
contra la explotación, muerto de hambre, allí viene  
debajo de su poncho de Castilla.

Ah, minero inmortal, ésta es tu casa  
de roble, que tú mismo construiste. Adelante:  
te he venido a esperar, yo soy el séptimo  
de tus hijos. No importa  
que hayan pasado tantas estrellas por el cielo de estos años,  
que hayamos enterrado a tu mujer en un terrible agosto,  
porque tú y ella estáis multiplicados. No  
importa que la noche nos haya sido negra  
por igual a los dos.  
—Pasa, no estés ahí  
mirándome, sin verme, debajo de la lluvia.

Pero si tratamos de detallar, solo basándonos en los poemas que escribió Rojas, cuál es ya no su familia real sino su familia literaria, el resultado es sorprendente por la variedad de registro: desde Catulo hasta Pablo de Rokha y Jorge Cáceres, pasando por el Arcipreste de Hita, Juan de Yepes, Quevedo, Octavio Paz, Juan Rulfo, Julio Cortázar, Blake, Hölderlin, Pound, Celan, Bretón, Bataille. Podemos percibir, en una actitud sistémica, que una gran fidelidad está dirigida a la lengua española y a su origen: el latín; que hay una atracción clarísima por los grandes poetas de la lengua alemana; que existe una entrañable relación con poetas de su tierra, Chile; y también un claro vínculo con la poesía y el pensamiento francés. Con toda esta tradición, más el gusto por el cine y por la pintura, Rojas nos entrega su poesía de latín y jazz, como lo dice en uno de sus textos. Pero tal vez lo más rotundo que ha escrito Rojas sobre otro poeta es su elogio a César Vallejo:

### Por Vallejo

Ya todo estaba escrito cuando Vallejo dijo: —Todavía.  
Y le arrancó esta pluma al viejo cóndor  
del énfasis. El tiempo es todavía,

la rosa es todavía y aunque pase el verano, y las estrellas  
de todos los veranos, el hombre es todavía.

Nada pasó. Pero alguien que se llamaba César en peruano  
y en piedra más que piedra, dio en la cumbre  
del oxígeno hermoso. Las raíces  
lo siguieron sangrientas cada día más lúcido. Lo fueron  
secando, y ni París pudo salvarle el hueso ni el martirio.

Ninguno fue tan hondo por las médulas vivas del origen  
ni nos habló en la música que decimos América  
porque éste únicamente sacó el ser de la piedra más oscura  
cuando nos vio la suerte debajo de las olas  
en el vacío de la mano.

Cada cual su Vallejo doloroso y gozoso.

No en París

donde lloré por su alma, no en la nube violenta  
que me dio a diez mil metros la certeza terrestre de su rostro  
sobre la nieve libre, sino en esto  
de respirar la espina mortal, estoy seguro  
del que baja y me dice: —Todavía.

Este poema verdaderamente es asombroso porque no solamente muestra una admiración por Vallejo que se empezaba a abrir paso en América en los tiempos en que se publicó el texto, sino porque usa la figura de Vallejo para decir algo sobre el canon literario y sobre el gusto literario de la sociedad y de los propios escritores. Aunque las tendencias críticas contemporáneas suponen ahora que no se puede ni se debe juzgar a las obras literarias catalogándolas como mejores o peores, cada individuo relacionado con la materia literaria (lector, escritor, crítico) tiene sus propios criterios de preferencia. La tendencia de profesores y de los mis-

mos poetas en un momento determinado de la historia es creer que todo está dicho y que ellos tienen la última palabra; y, exagerando, que todo está cristalizado, detenido en el tiempo. Sin embargo, la literatura y la vida misma, como lo hemos aprendido de Heráclito, están en permanente movimiento; su característica es el fluir, el cambiar, y el poeta que mejor expresa esa voluntad de cambio en la lengua española es Vallejo. Pero el texto de Rojas no es solamente una disquisición sobre el fluir eterno de la poesía, sino también un entramado que junta en un solo haz la vida dolorosa del vate peruano, su poesía magnífica y las vivencias personales y literarias de quien escribe el texto. En cuanto a actitud, podemos contrastar este texto con el poema «La lepra» que vimos al inicio: mientras el primero disecciona la obra literaria hasta dejarla como carne podrida, este segundo poema junta vida y poesía, autor y lector. Además, ese «Todavía» que preside el texto señala que nada está dicho para siempre, que es posible cambiar y, por lo tanto, podemos buscar originalidad en nuestras propias vidas o en la inagotable poesía.

Veamos ahora un poema de Rojas sobre Pound:

No le copien a Pound  
No le copien a Pound, no le copien al copión maravilloso  
de Ezra, déjenlo que escriba su misa en persa, en cairo-araméo, en  
[sánscrito,  
con su chino a medio aprender, su griego translúcido  
de diccionario, su latín de hojarasca, su libérrimo  
Mediterráneo borroso, nonagenario el artificio  
de hacer y rehacer hasta llegar a tientas al gran palimpsesto de lo  
Uno;  
no lo juzguen por la dispersión: había que juntar los átomos,  
tejerlos así, de lo visible a lo invisible, en la urdimbre de lo fugaz

y las cuerdas inmóviles; déjenlo suelto  
 con su ceguera para ver, para ver otra vez, porque el verbo es ése:  
ver,
 y ése el Espíritu, lo inacabado  
 y lo ardiente, lo que de veras amamos  
 y nos ama, si es que somos Hijo de Hombre  
 y de Mujer, lo innumerable al fondo de lo innumerable;  
no, nuevos semidioses
 del lenguaje sin Logos, de la histeria, aprendices  
 del portento original, no le roben la sombra  
 al sol, piensen en el cántico  
 que se abre cuando se cierra como la germinación, háganse aire,  
 aire-hombre como el viejo Ez, que anduvo siempre en el peligro,  
salten intrépidos
 de las vocales a las estrellas, tenso el arco  
 de la contradicción en todas la velocidades de lo posible, aire y  
[más aire
 para hoy y para siempre, antes  
 y después de lo purpúreo  
 del estallido  
 simultáneo, instantáneo  
 de la rotación, porque este mundo parpadeante sangrará,  
 saltará de su eje mortal, y adiós ubérrimas  
 tradiciones de luz y mármol, y arrogancia; ríanse de Ezra  
 y sus arrugas, ríanse desde ahora hasta entonces, pero no lo  
[saqueen; ríanse, livianas
 generaciones que van y vienen como el polvo, pululación  
 de letrados, ríanse, ríanse de Pound  
 con su Torre de Babel a cuestras como un aviso de lo otro  
 que vino en su lengua;  
cántico,
 hombres de poca fe, piensen en el cántico.

Pound es, nadie lo duda, una personalidad literaria del siglo XX. Su obra heterogénea tiene una energía y una potencia que no cabe sino compararla con aquella de Walt Whitman, aunque carece del impulso mesiánico del bardo del siglo XIX. Brillante improvisador, con un conocimiento muy variado de las literaturas clásicas de muchos países, tumultuosamente mezcla elementos clásicos con otros modernos; su «Cántico» aspiraba a tener cien apartados, como la célebre obra de Dante. Ordenado y desordenado, oscuro y luminoso, Pound quedará como uno de los casos más característicos de la literatura contemporánea. Rojas satiriza sobre el saqueo literal que hizo Pound de la literatura clásica, griega, o china, de esa especie de Torre de Babel que es su poesía, pero reclama adhesión a la voluntad de canto del viejo bardo. Y ese es el hilo que conduce la poesía, es la voluntad de hablar y también la voluntad de callar:

#### **Al silencio**

Oh voz, única voz, todo el hueco del mar,  
todo el hueco del mar no bastaría  
todo el hueco del cielo,  
toda la cavidad de la hermosura  
no bastaría para contenerte,  
y aunque el mundo callara y este mundo se hundiera,  
oh majestad, tú nunca,  
tú nunca cesarías de estar en todas partes,  
porque te sobra el tiempo y el ser, única voz,  
porque estás y no estás, y casi eres mi Dios,  
y casi eres mi padre cuando estoy más oscuro.

Entre el silencio y la voz, entre las tinieblas y la claridad, la cojitranca, a veces temblorosa, la intensa, la desbocada, la balbuceante poesía de Gonzalo Rojas permanece entre nosotros. El poeta de la facha de loco, tigre y mariposa, muerto ya consigue que su voz permanezca entre los vivos.

## Bibliografía

ESPINOZA GUERRA, Julio. *Poesía chilena. Antología esencial*. Madrid: Visor, s/f.

ROJAS, Gonzalo. *Antología de aire*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1991.

———. *La miseria del hombre*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.

———. *Contra la muerte*. La Habana: Casa de las Américas, 1964.

### *Correspondencia:*

**Marco Martos Carrera**

Docente del Departamento Académico de Literatura de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo electrónico: marcomartos9@hotmail.com